

Sonido ambiente¹

Nicolás Meneses²

Si uno pone las manos en sus oídos, se dará cuenta que puede escuchar su cuerpo, su circulación sanguínea. La sensación sonora es similar a la lava ardiente, el gorgoreo de un líquido hirviendo espeso. Es un ejercicio que repito a menudo, sobre todo de noche, para escuchar mi interior: imaginar fluir mi sangre rápida, lenta o en coágulo para darle oxígeno a mis músculos y mi cerebro. Me relaja. A veces, incluso, me conmueve. Es como salirse de la cabeza y volver a distribuirse por todo el cuerpo.

Trabajar en casa me ha llevado a encerrarme en la cabeza, pero sometido a una especie de consciencia tripartita: quedar varado entre el ocio, el trabajo y la vida doméstica. Una rutina en que los límites, incluso los del sueño, se han visto traspuestos, diluidos y expulsados como una lava que emerge con fuerza hacia todas partes. Tal vez por eso ahora me es imposible pensar en un texto fluido y escriba párrafos como la tos de algo intermitente que fuerza salir.

Cuando necesité volver a pegar mi cabeza, rearmarla como fuera, porque además de las clases, debía trabajo de oficina, mi único medio para no terminar en Pangea era ocupar protectores acústicos. No son 100% efectivos, pero logran reducir parte del ruido que sacudía mi cabeza. Impartir clases y revisar documentos exige máxima concentración. Y la única forma para lograrlo fue esa. Volver a la lava del cuerpo y expandir la sensación: usar audífonos acústicos permite apreciar los sonidos que suceden en la zona de la mandíbula: morder una manzana es una experiencia estruendosa, los dientes desgarran con rabia y esto ocurre para cualquier alimento. Para los líquidos lo opuesto: se siente el relajo de una cascada fluyendo y al final la glotis dilatándose.

¹ Colaboración: Autores chilenos en el contexto de pandemia.

² Ha publicado *Camarote*, *Panaderos*, *Reencarnación*, *Throguel Online* y *Manejo integral de residuos*.

Pero impartir clases obliga a destaponar los oídos y someterse al ambiente: el sonido de los cascos de los caballos por la calle, los ladridos de mi perro Canelón, los llantos y gritos de mi sobrino. En música los playlist románticos de la vecina de enfrente y los hits de trap maleante de su hijo, los himnos de los otros vecinos canutos. Se podría escribir una novela solo a partir de los sonidos que se filtraron a las clases: camiones del gas, vendedores ambulantes, camionetas municipales, vehículos de encomienda, repartidores de nueces, tronadores de autos tuneados, verdureros, fuegos artificiales, bocinas de colectivos, frenadas, gorriones, tórtolas, peleas de viejas, pelotazos. A pesar de la cuarentena, del encierro, algo trabajaba, pasaba afuera.

Quizás con todos esos sonidos podría formarse otra lava: una del paisaje cuasi silvestre que comienza a brotar con la ausencia de personas. O una página como esta, que intenta cumplir un compromiso, pero no puede porque solo es una garganta tosiendo entre silencios y bocinazos. Una voz nerviosa, que no sabe qué decir, que se le olvido hablar. Y ante el más mínimo ruido, que parece el grito del gol en un estadio, lo único que puede hacer es taparse los oídos.